

CAPITULO VII.

De las causas principales de la grandeza y de la ruina de la República. Influencia de la literatura sobre las costumbres.

Después de haber visto eclipsarse la república para hacer lugar al despotismo imperial, es muy natural preguntar la explicación de este doble fenómeno. ¿Cómo Roma consiguió subyugar á todos los pueblos, y cómo, después de haberlos despojado de su libertad, ha sido privada de ella? Para resolver este doble problema, es necesario estudiar la sociedad romana en todos sus detalles y deshacer todos sus elementos. La sustitución del imperio á la república no es solamente á nuestros ojos un simple cambio de gobierno. Con el reinado de los emperadores vemos principiar un pueblo enteramente nuevo y una era nueva también. La república fue la obra del genio latino, ó si se quiere del genio italiano. La virtud de los primeros habitantes del Lacio y de la Italia explica por sí sola, como lo demostraremos, la fuerza y grandeza de la república. Pero después de la primera guerra púnica, esta virtud heroica y esta simplicidad de costumbres desaparecen. Roma soporta la influencia de los vencidos. Todo llega á ser griego en sus costumbres, en sus usos, en su religión y aun en los ejércitos. Las antiguas tradiciones se horran, y aparece una edad nueva, la edad griega. Ella es la que ha derribado la república, y la que va á caracterizar el primer período del imperio. Haremos observar su influjo sobre las costumbres ó instituciones de la república, pero trazando la historia literaria de aquella época nos será más fácil poner en evidencia su acción, porque la literatura es siempre la viva expresión de la sociedad.

§ I. De las causas principales que dieron á los Romanos la dominación de Italia y después el imperio de una parte del mundo.

La vida del pueblo romano es, por decirlo así, toda de una pieza. Lo que le hizo triunfar de la Italia, le hizo triunfar igualmente de la mayor parte del mundo civilizado. No podemos hacernos cargo de la grandeza de este pueblo extraordinario sino estudiando el carácter de su constitución, la disciplina de

sus ejércitos, la decisión de los hombres de que estaba formado, y la naturaleza de las circunstancias en que se encontró; y esta es la tarea que vamos á emprender.

Del senado y de su política. No falta quien haya visto en el establecimiento de los cónsules anuales una de las causas del poder de los Romanos. Este cambio continuo de magistrados era, por el contrario, un alimento para las cábalas y sediciones, y si los intereses del Estado les hubiesen sido confiados exclusivamente, uno hubiera deshecho muchas veces lo que hubiese elevado á su predecesor, y la administración habría carecido de continuación y de conjunto. Pero superior á los cónsules se encontraba el senado, que dirigía todas las empresas y hacia dirigir todos los esfuerzos de la nación á un mismo objeto. Con su política hábil é insinuante no perdió una sola ocasión para extender el territorio de la república. «Al fin de cada guerra, dice Montesquieu, quitaba una parte del país al pueblo vencido para darla á los aliados; en lo que hacia dos cosas: atraía á Roma aquellos de quienes tenia poco que temer y mucho que esperar, y debilitaba á otros de quienes nada tenia que esperar y todo que temer. Se servía de los aliados para hacer la guerra á un enemigo, y cuando tenia muchos enemigos que combatir, concedía una tregua al más débil, que se consideraba dichoso de obtenerla, contando por mucho haber diferido su ruina.» El gran principio del senado era dividir para mandar: *Divide et impera*. Sembraba la discordia entre sus enemigos, y los subyugaba sin esfuerzo cuando la guerra civil les habia debilitado; ó bien los impedía que se uniesen entre sí, dividiéndolos en intereses, y los destruía sucesivamente. Esta es la táctica que se aplica á los pueblos del Lacio, á la Grecia, á la Macedonia y á las naciones asiáticas.

Esta política de usurpación consagró muchas injusticias. Si el senado tuvo en los primeros tiempos un carácter religioso y leal, más tarde, cuando la falta de creencias trastornó todos los principios religiosos, muchas veces no hubo ya en los tratados de paz y en las declaraciones de guerra sinceridad ni buena fe. Es este un punto que tal vez no ha sido

suficientemente examinado. La mayor parte de los historiadores, alucinados por la gloria y la grandeza de Roma, se han entusiasmado por los resultados, y casi no se han preocupado de la naturaleza de los medios. Han alabado las conquistas del senado, y por decirlo así le han perdonado, en vista del éxito, la mayor parte de sus injusticias. Al mismo tiempo que se reconoce la habilidad de su política, sin embargo es bueno observar que la *fe romana* no vale mucho mas que la *fe púnica*, al menos en los últimos tiempos de la república.

Del ejército. Mas si el senado era admirable por su prudencia y habilidad, tenía á su disposición soldados valerosos y aguerridos. Él era la cabeza que calcula y raciona, el ejército era el brazo que golpea y derriba. Jamás una nacion llevó mas lejos la ciencia de la guerra. Toda la educacion del Romano tendia á darle ese carácter feroz y salvaje que distingue á los conquistadores. « Acostumbraban los soldados, dice Montesquieu, á ir al paso militar, esto es, á hacer en cinco horas veinte millas y algunas veces veinte y cuatro. Durante estas marchas se les hacia llevar pesos de sesenta libras. Se les hacia correr y saltar enteramente armados : tomaban en sus ejercicios espadas, venablos y flechas de un peso doble que el de las armas ordinarias ; y estos ejercicios eran continuos.

» No solamente estaba en el campo la escuela militar ; en la ciudad habia tambien un sitio donde iban los ciudadanos á ejercitarse (era el Campo de Marte). Despues del trabajo se arrojaban al Tiber para conservar la costumbre de nadar y para limpiarse del polvo y el sudor.

» Su principal atencion era examinar en qué podia su enemigo tener superioridad sobre ellos, y al momento lo remedaban. Las espadas cortantes de los Galos y los elefantes de Pirro solamente les sorprendieron una vez. Al pronto suplieron á la debilidad de su caballería quitando las bridas de los caballos, para que su impetuosidad no pudiese ser detenida ; despues mezclando en ellos caballería ligera. Cuando conocieron la espada española, abandonaron la suya. Eludieron la ciencia de los pilotos por la invencion de una má-

quina que Polibio nos ha descrito. En fin, como dice Josefo, la guerra era para ellos una meditacion, la paz un ejercicio. »

Independientemente de este apresuramiento y de esta habilidad en aprovecharse de lo mejor que habia entre los demas, los Romanos estaban dotados tambien de un genio verdaderamente creador. « Los Macedonios, dice Bossuet, creian invencible su falange, y no podian persuadirse de que el espíritu humano fuese capaz de encontrar cosa alguna mas firme. Sin embargo el mismo Polibio, y Tito Livio despues de él, le habian demostrado que al considerar solamente la naturaleza de los ejércitos romanos y la de los Macedonios, los últimos no podian menos de ser batidos á la larga, porque la falange macedonia, que no era sino un batallon cuadrado, muy espeso por todas partes, solamente podia moverse de un golpe, mientras que el ejército romano, diseminado en pequeños cuerpos, estaba mas pronto y más dispuesto á toda clase de movimientos. » No hay duda ninguna que esta superioridad de disciplina y táctica fue una de las grandes causas de las victorias conseguidas por los ejércitos romanos.

Del pueblo. Pero para subir al origen y al principio de todas aquellas virtudes que hacian invencible al soldado romano, es necesario estudiar el carácter y las disposiciones admirables del mismo pueblo. Asi es que no se puede admirar demasiado la simplicidad de costumbres, la grandeza del alma y el desinterés de todos esos antiguos Romanos, que no tenian nada mas precioso sobre la tierra que su choza y su pequeño campo. La religion ejercia sobre su alma pura y franca una profunda influencia. En todas sus acciones, tomaban consejo de los dioses y adoraban su voluntad. El juramento era para ellos inviolable y sagrado. Esto hizo decir á Ciceron : Podemos ceder á los Galos por la fuerza, á los Cartagineses por la astucia, á los Griegos por la habilidad ; pero ninguna nacion tiene la superioridad sobre nosotros en piedad ni en religion. Y san Agustin, queriendo dar cuenta de las razones que han merecido á la república

romana su grandeza y poder, nos dice que la Providencia la favoreció en sus empresas para recompensar en este mundo todas las virtudes humanas que había practicado.

Sea lo que fuese, no se puede negar que la virtud de su pueblo hace su fuerza y el vicio su pérdida. Mientras que los Romanos fueron buenos, sóbrios y desinteresados, hicieron heroicidades, y cada día se les vió extenderse y fortificarse, en lugar que cuando se dejaron corromper por el lujo y las riquezas, su valor se disminuyó y principió la decadencia de su imperio.

Estado de las naciones que rodeaban á Roma. La virtud del pueblo, la fuerza de los ejércitos, la política del senado contribuyen sin duda poderosamente á hacernos comprender la grandeza de la república; no obstante todas estas causas no, bastan aun para explicarnos enteramente sus conquistas; porque si las circunstancias de tiempo y de lugar hacen los grandes hombres, ellas hacen tambien los grandes pueblos. En vano una nacion tendria ciudadanos virtuosos, valientes soldados y bien disciplinados, hombres de Estado inteligentes é instruidos; si las vias no le están preparadas, no conseguirá extenderse. Así es que cuando la Providencia quiere hacer un pueblo conquistador, permite que se debiliten todas las naciones que le rodean, y se los entrega como una presa que devorar. Véase lo que sucedia en Grecia y en el Oriente antes de las grandes conquistas de los Romanos. Desde la muerte de Alejandro todos los pueblos divididos se abismaban en el seno de las discordias mas sangrientas. En breve no hubo ya entre estas naciones fuerza ni poder. Perecian de debilidad en el seno del lujo y de la molicie, y parecian no esperar mas que las cadenas de un conquistador que quisiese imponerles el yugo de su dominacion. Roma, que llegó á ser dueña del Lacio y de los pequeños pueblos de la Italia, no encontró verdaderamente resistencia seria sino por parte de Cartago, y en el paralelo que hemos establecido entre estas dos repúblicas, hemos mostrado toda la superioridad de los hijos de Jafet sobre esa raza maldita de Canaan.

§ II. De las causas que produjeron la ruina de la República.

Aniquilamiento del senado. Roma fue castigada precisamente por donde había pecado. El senado, cegado por su descometida ambicion, no había respetado las leyes divinas ni las humanas en sus relaciones con las demas naciones. Así es que esas inmensas conquistas de que se había mostrado tan codicioso, causaron justamente su pérdida y la ruina del genio y de la virtud de los antiguos Romanos. El pueblo tan simple, cuyo invencible valor hemos exaltado, derramó toda su sangre en los campos de batalla, y espiró recogiendo laureles. Le reemplazaron por libertos, que no podian tener las mismas costumbres, ni los mismos sentimientos. Entonces la antigua lucha de los plebeyos y de los patricios volvió á comenzar bajo otra dominacion. Eran los hombres nuevos los que atacaban á las antiguas familias, eran los Latinos y los Italianos los que disputaban á los Romanos el derecho de ciudad. Todas estas deplorables divisiones alteraron profundamente el patriotismo y la decision de los verdaderos ciudadanos; la depravacion de las costumbres hizo rápidos progresos en el seno de todos estos desórdenes, y sucedió que la aristocracia y la democracia, combatiéndose, se hirieron de muerte una y otra. El pueblo y el senado llegaron á ser esclavos, y el despotismo imperial les impuso sus leyes.

Decadencia de la disciplina militar. En este desgraciado conflicto que se suscitó entre el pueblo y el senado, se vió salir una infinidad de ambiciosos devorados por el deseo de hacerse dueños del poder soberano. Los Marios, los Silas, los Pompeyos y los Césares aspiraban á reinar sobre Roma y sobre el mundo. Para conseguir su objeto, conquistaron á sus soldados corrompiéndoles por medio de liberalidades. Mario fue el primero que dió este funesto ejemplo. En lugar de no recibir bajo sus banderas sino al verdadero ciudadano romano, alistó una multitud de proletarios que conquistó á su afecto dejándoles robar y destruirlo todo, y muchas veces tambien proporcionándoles todos los goces que enervan y

destruyen el valor. Los soldados de Sila y de Pompeyo solo combatian por la esperanza del botin. Despues de la victoria les era menester oro y tierras. Los de César eran mas intrépidos y mas duros para sí mismos. Pero estas terribles legiones no eran ya los ejércitos de la república. Su decision se limitaba á la persona de su gefe; ellas no conocian mas que su palabra, y en lugar de servir á la patria, venian á ser entre sus manos un terrible instrumento de esclavitud.

Sin embargo, á pesar de todos estos desórdenes que reinaban en los ejércitos, se ha de observar que las virtudes guerreras fueron las que sobrevivieron en el pueblo romano á todas las demas. Cuando los soldados de César asustaban á los de Pompeyo por su feroz heroismo, y recordaban por su valentía aquellos intrépidos guerreros que admiraron á Pirro, el pueblo romano y los nobles estaban muy distantes de las virtudes de Fabricio y de su simplicidad.

Opulencia de los grandes y corrupcion del pueblo. En esta época, el pueblo despreciaba los ejercicios del cuerpo, y abandonaba á los esclavos la cultura de la tierra y todos los trabajos manuales de que se habian enorgullecido los Cincinatos. Para distraerse en su ociosidad, frecuentaba el circo y el Foro. Crando el despotismo de los emperadores quitó á las asambleas populares su poder, ya no se veia al pueblo sino en los anfiteatros, donde le divertian con combates de fieras y de gladiadores. El senado le hacia distribuir gratuitamente el trigo necesario para su alimento, y esta nacion, antiguamente tan grave en sus costumbres y tan noble en sus sentimientos, se encontraba contenta cuando tenia pan y juegos: *Panem et circenses.*

En tiempo de César habia en Roma mas de trescientos mil de aquellos indigentes ociosos, que vivian en las tabernas de las limosnas del senado, ó del dinero que pedian en las calles. Todas las propiedades estaban concentradas en las manos de algunos nobles. Estos personajes opulentos tenian posesiones tan vastas que solo á caballo podian recorrerlas todas. Sus casas en Roma eran magníficos palacios, y nada igualaba al brillo y la suntuosidad de sus villas. Estaban ro-

deados de una multitud de esclavos prontos a prevenir mas bien que á satisfacer sus mas pequeños deseos. La mayor parte de su vida se pasaba en los festines. Un hábil cocinero era una celebridad, y se le estimaba mas que á un poeta ó literato distinguido. Fácil es conocer por qué razon la doctrina de Epicuro encontró numerosos discipulos en medio de una sociedad materializada de este modo. Casi todos repetian con el círico filósofo que la primera ley del hombre y su único objeto era gozar. A los ojos de estos hombres estragados, la religion no era ya mas que una ceremonia frivola y el juramento un vano sonido.

Cuando el sentimiento religioso se apagó así, la corrupcion llegó á ser tan general y profunda, que fue preciso publicar una ley para reclutar el colegio de las *vestales*. Cada uno hacia alarde de su incredulidad, y alababa sus excesos de mala conducta. César dijo en pleno senado que despues de la muerte no habia mas que la nada; Ciceron, á pesar de sus bellas palabras, dudaba acerca de todos los puntos de doctrina; Horacio se glorificaba de ser un puerco de la piara de Epicuro; Bruto se mataba exclamando que la virtud no es mas que una palabra, y Augusto preguntaba al tiempo de morir si habia representado bien su comedia. Verdaderamente ya no quedaba ningun principio de pié en esta sociedad perdida. Las ideas y costumbres de los antiguos Romanos no existen ya, la edad italiana pasó. Esa corrupcion degradante, esa venalidad vergonzosa, esa irreligion grosera y ese amor apasionado á los placeres, atestiguan el triunfo de las ideas griegas, y es tambien lo que manifiesta la literatura de aquella época.

§ III. De la literatura romana y de su influencia sobre las costumbres antes del reinado de Augusto.

Carácter general de la literatura romana. Durante los cinco primeros siglos de la república, los Romanos solo se ocuparon en someter los pueblos del Lacio y en hacer la conquista

de la Italia. Los trabajos de la guerra y de los campos absorbían todo su tiempo, y en medio de su simplicidad no pensaban en cultivar las ciencias ni las letras. Toda su poesía consistía en algunas canciones bárbaras que los segadores y vendimiadores hacían oír en la alegría de sus festines al tiempo de las cosechas. Los himnos sagrados se reducían á esos cánticos que los sacerdotes salían entonaban paseando sus escudos divinos. En fin, las *atelanas*, especie de farsas licenciosas tomadas de los Etruscos con un objeto de encanto y de adivinación, surtían el teatro, y los versos groseros llamados *fesceninos* ó *saturninos* eran los únicos metros empleados y conocidos.

Solo hubo en Roma verdadera literatura hácia el fin de la primera guerra púnica, cuando el contacto de los Griegos con los Romanos introdujo allí ideas nuevas. Desgraciadamente esta influencia de la Grecia fue tan preponderante, que ahogó el genio nacional y comenzó la decadencia de la república. Todos los escritores que aparecieron antes del siglo de Augusto carecieron generalmente de originalidad. Nacidos en Grecia ó educados en sus escuelas, rechazaron con desprecio todas las tradiciones de los Latinos para aficionarse á los grandes escritores de Atenas y traducir sus obras maestras.

De los poetas. Los primeros poetas de esta época fueron Livio Andrónico, Enio, Plauto, Terencio, Lucilio, Lucrecio y Cátulo.

Livio Andrónico, preceptor de los hijos del austero Livio Salinator, había nacido en la Gran Grecia, en Tarento. Fue el primero que dió representaciones teatrales en Roma, y se contentó con traducir del griego sus comedias y tragedias. También puso en latín la Odisea. Enio, su compatriota y el amigo del gran Scipion, enseñó públicamente el griego sobre el Aventino. Su genio tuvo mas originalidad que el de Andrónico. Al trasportar al teatro de Roma las piezas de Eurípides, hizo cambios exigidos por la diferencia de las costumbres y del carácter de las dos naciones, y aun cantó en el estilo de la epopeya la segunda guerra púnica. Era un himno

á la gloria del Africano, su protector, pero era también un asunto nacional.

Si quisiésemos tener en consideración, aunque de paso, los últimos esfuerzos del genio latino, citaríamos al campanio Nævio, ese soldado de las guerras púnicas que se sirvió de los viejos versos saturninos para atacar á los Metelos, Scipiones y á todos los nobles que se abochornaban de la lengua de sus abuelos. Sus críticas mordaces le hicieron poner en la cárcel. Los Scipiones, poco satisfechos de esta venganza, invocaron contra él la ley de las doce tablas, y el desgraciado Campanio vió descender con él á la tumba el antiguo genio de los Cétegos. *Una vez Nævio enterrado en el tesoro de Pluton, dice su epitafio, no supieron ya en Roma lo que era hablar la lengua latina.*

Plauto y Terencio imitaron igualmente á los Griegos, mas sus comedias no tienen el mismo carácter. Plauto, Ombrio de nacimiento y reducido á dar vueltas á la muela de un molino, es el poeta popular, mientras que el liberto Terencio, el amigo de Lelio y de Scipion, es el poeta del gran mundo y de la buena sociedad. Aunque todos sus personajes tengan un traje griego, se encuentran en sus composiciones pinturas locales que prueban que escribían inspirados, y que muchas veces sus ideas estaban tomadas en el seno de la sociedad romana.

Lucilio, de quien Ciceron, Horacio y Quintiliano hacen elogios, se ejercitó en la sátira, único género de origen romano. Lucrecio se llenó de admiración por la filosofía de Epicuro, y puso en versos admirables su detestable ateísmo. En este poeta la forma está llena de nùmen y de originalidad brillante; pero el fondo de sus pensamientos no era sino un desgraciado plagio de aquellas tristes doctrinas que Caton hubiera querido desterrar de Roma, y que Fabricio deseaba á todos los enemigos de la república. Cátulo es el poeta de la pasión y de la licencia, como Lucrecio lo es de la impiedad. Lucrecio formula el sistema de los ateos bajo el punto de vista dogmático, Cátulo explica en sus desvergonzados versos su moral degradante. Estos dos poetas preparan el siglo

de Augusto. Su estilo hace presentir la perfeccion de Virgilio; pero el desarreglo y el libertinaje de su espíritu anuncian igualmente todas las indecencias escandalosas que deshonraron el despotismo imperial.

De los oradores. La elocuencia fue acaso en Roma menos esclava del genio extranjero que la poesía. Había llegado á ser una necesidad, inmediatamente despues del establecimiento de la república. Pero en los primeros tiempos nadie pensaba en recoger las arengas de los tribunos ó de los cónsules, en medio de las grandes discusiones que se suscitaban entre el pueblo y el senado. Los historiadores latinos han puesto en boca de aquellos ilustres personajes discursos mas ó menos conformes á su carácter y á su posición; pero por esas obras de arte, no se puede juzgar del mérito particular de aquellas antiguas composiciones. A falta de documentos, citaremos solamente los nombres de los hombres que se hicieron en esta época una reputación de elocuencia. Estos eran Catón el Censor, los dos Gracos, Mario y Sila para la elocuencia política; Sergio Galba, Licinio Craso y Marco Antonio, el abuelo del triunviro, para la elocuencia del foro.

En el período siguiente, antes del principado de Augusto, toda la historia de la elocuencia se resume en tres grandes hombres: Hortensio, César y Cicerón. Nada poseemos de Hortensio, pero sabemos que fue rival de Cicerón, como Eschíno lo había sido de Demóstenes. Quintiliano admira en César la vivacidad, la firmeza, la precisión y esa perfección del arte que borra las huellas mismas del trabajo. No es este el lugar de hacer el elogio de Cicerón, ni de entrar en los detalles de sus obras. Hay nombres que la gloria y el genio han hecho tan populares que basta pronunciarlos para excitar la admiración.

De los historiadores. Antes de Augusto, los principales historiadores latinos son César, Salustio y Cornelio Nepote. Primero se había visto aparecer una multitud de analistas y compiladores. Desde el origen de Roma ó al menos desde el año 360 hasta el de 623, los pontífices habían tenido cuidado de escribir en sus anales todos los acontecimientos que

tenían lugar de año en año. Fabio Pictor, que vivía durante la segunda guerra púnica, fue el primer escritor que tuvo la ocurrencia de componer en latín una historia de Roma. Catón el Censor publicó mas tarde su libro de los *Orígenes*, y otros analistas compusieron algunas narraciones. Si se cree á Cicerón, todos estos ensayos eran muy groseros é imperfectos; y tal es la pobreza de la literatura romana que, para conocer aquellos gloriosos tiempos de la república, es preciso estudiarlos en Polibio y en los autores griegos.

Sila escribió unas memorias que no se pueden sentir demasiado. César se colocó por sus *Comentarios* en el primer rango entre los historiadores. Es acaso el monumento mas curioso y la obra mas original de toda la literatura romana. Nada se le había podido comparar, hasta que el César moderno dictó sus campañas de Italia. Salustio había hecho la historia de Roma desde Sila hasta la conjuración de Catilina, pero solo se poseen algunos fragmentos de esta grande obra. Su talento de historiador nos ha sido revelado por su narración de la *Guerra de Yugurta* y de la *Conjuración de Catilina*, dos cuadros admirables. El orden cronológico nos ha hecho colocar despues de César y de Salustio á Cornelio Nepote, sin que tengamos la intención de compararle á estos grandes hombres. Sus *Vidas* tienen un verdadero mérito literario. Están escritas con elegancia y concisión, pero se encuentran en ellas equivocaciones y errores groseros, que hubiera sido útil observar en las ediciones clásicas que de ellas se han hecho.

De los filósofos. Para concluir esta rápida revista de los principales escritores que florecieron antes de Augusto, sería necesario exponer la historia de los filósofos y de la filosofía, y analizar los numerosos tratados de Cicerón sobre esta materia. El estudio de estas obras admirables nos mostraría el escepticismo que trabajaba entonces todas las almas, y nos daría la fisonomía de todas las escuelas griegas que habían invadido la sociedad romana. Bástenos decir aquí que Roma no tuvo filosofía suya propia, y que sus genios mas ilustres no hicieron mas que aceptar las ideas que los Griegos les

transmitieron. El mismo Ciceron, en sus mas brillantes pasajes, solamente es un elegante traductor de Platon. Escogia entre las doctrinas de las diversas escuelas, y generalmente tenia la razon bastante segura. Si bien no pudo elevar un sistema de doctrinas capaz de satisfacerle á él mismo y de calmar todas sus dudas, á lo menos tomó lo que los Griegos habian dicho de mas sensato. Bajo este aspecto sus obras merecen nuestra admiracion. Pero los demas Romanos, menos virtuosos y menos prudentes, dejaron las doctas especulaciones de Platon para olvidar con Lucrecio el culto de los dioses, y sumergirse con Cátulo en los goces voluptuosos de Epicuro. Tales son los dos abismos adonde viene uno siempre á perderse, por cualquier lado que considere la república espirante.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA

TERCERA PARTE

DEL IMPERIO.

PRIMER PERIODO.

Desde Augusto hasta la muerte de Commodo. Edad griega.
(30 antes de J.-C. — 193 despues de J.-C.)

CAPITULO PRIMERO.

Reinado de Augusto (30 antes de J.-C. — 16 despues de J.-C.) (1).

Instruido Augusto por la muerte de César, condujo suavemente los Romanos á la servidumbre; porque conservando á la república todas sus instituciones y formas liberales se apoderó enteramente del poder y de los honores. La ventaja que resultó para la humanidad de esta revolucion política fue que se estableció la unidad en todo el imperio. La odiosa distincion que separaba á las provincias de Roma y de Italia aspiraba cada dia mas á desaparecer. Augusto comprendió que para dar fuerza y duracion al imperio era preciso unir todas sus partes penetrándolas de las mismas ideas y sentimientos. Siguiendo este principio sometió las provincias á una organizacion regular y se esforzó á asi-

(1) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: Entre los antiguos, Dion Casio y Suetonio sobre Augusto; Velejo Patérculo y los compendiadores. Entre los modernos: Crevier, *Histoire des empereurs*; Le Nain de Tillemont, *Histoire des empereurs et des autres princes qui ont vécu dans les six premiers siècles de l'Église*.